

CAPÍTULO V

INSTRUYE JESUS Á SUS APOSTOLES EN HUMILDAD

HECHA ya la sagrada ablucion de piés á sus discípulos, se vistió Jesús como antes, y habiéndose sentado en su lecho les dijo: «Admirados os considero. de haberme visto á vuestros piés, lavándolos como suelen hacer con sus señores los esclavos; mas no sé si habeis reparado bien en esta accion y entendido las instrucciones que en ella os ha dado mi sabiduría. Me llamais Maestro y Señor tambien y no errais, porque verdaderamente lo soy; si yo, pues, siendo vuestro Maestro y Señor os he lavado los pies como si fuera un esclavo, en obligacion quedais, siendo iguales, en lavaros los pies los unos á los otros: sirviéndoos con humildad y amor á la luz del ejemplo que os he dado; pues no será justo desdenaros de obrar lo que yo primero hice.

«Considerad la condicion de vuestro ser, originaria de la tierra y la esclencia del mio; sois vosotros desde el nacimiento mis esclavos; pues cuanto ser gozais es dádiva de mi liberalidad que os le dió y os le conserva; yo por mi naturaleza soy Señor, pues como ya teneis entendido soy Dios; examinad ahora el rayo de la razon cual desconcierto seria, que humillándome yo á servir en ministerio tan desigual á mi grandeza, hiciéseis vosotros pundonor de no humillaros y desprecio de abatiros, sirviéndoos cuando el aprieto ó la caridad lo aconsejase. Y si me llamais vuestro Doctor, no errando en ello; considerando que cuando el maestro lee lecciones tan profundas de humildad con el ejemplo de su persona, mas que con el movimiento de los lábios; no puede ser digno de llamarse su discípulo quien no practicase doctrinas que pasan por el sello principal y marca de su escuela.

«Si os contemplais Apóstoles y legados míos, no por eso creceis á ser mayores que yo, sino con título especial mis pregoneiros, y unos como rayos de espíritu; y antes para ejercer con propiedad ese oficio debéis informaros de mi ánimo para ser ecos vivos de mi voz y persuadir al mundo, que desde el momento en que le consagré con mi persona, hecho hombre la humanidad es majestad, porque quien en ninguna accion pudo no mostrarse Dios al punto que se humilló, declaró que abatirse es Divinidad.

«Si llegais á comprender estas verdades, cerca estareis de ejecutarlas; y de su ejecucion os resultará cierto linaje de bienaventuranza que no han descubierto los antojos de la ambicion que tanto fatiga á los hijos de este siglo, porque gozareis una felicidad propia de Dios. Si os comunicara yo la potestad de criar mundos, sin duda os juzgariais preeminentes con aquella participacion de mi divinidad; advertid pues, que yo hice gloria

propia mia humillarme á las ocupaciones mas serviles, y así en adelante la humildad pasará por ejercicio decoroso á Dios; y quien la obrase participará de una excelencia que Dios consagró divina haciéndola propia suya; ved cuan deslumbrados anzan los hombres, pues siendo el ánsia que mas les acongoja parecer divinos, no encuentran con el desprecio voluntario que solo se la pudiera alcanzar.

«Esta gozareis, discípulos míos, mas no todos, porque si bien os elegí á todos doce para mi Apostolado, mas no á todos para mi imitacion, atento á los fueros de la libertad que os dí; y así reconozco los que de este Colegio ejecutarán estas lecciones á mi ejemplo, y quien está en él para contradecirlas y aun para venderme tambien; por lo cual vereis que ninguno está de valde en mi compañía, todos tienen sus oficios, los mas de discípulos míos en la imitacion, alguno de traidor, por cuya mano conviene que yo sea entregado á los Judíos para que se cumpla la Escritura que dijo: «El que está comiendo conmigo á la mesa mi pan, alevosamente me enlazará los piés para que caiga. Y os digo esto desde ahora, para que cuando suceda veais que no me coje desaperebido de conocimiento su traicion, y os confirmeis en la fé de que soy Hijo de Dios y el Mesías prometido.

«Mas dejando por ahora esta materia, deseo que entendais que encargaros el recíproco amor con que os debéis servir no es envilecer vuestras personas sino sublimarlas; pues pareciendo en la mansedumbre y humildad legados míos llevareis mi divinidad en vuestros pechos, y por este título quien os hospedare á mí me recibirá. Y como yo en cuanto hombre, soy Legado y Apóstol de mi Padre, por este derecho quien á mí me agasajare en su casa en ella dará hospicio á mi Padre. Ved ahora cuánta dignidad lograis por imitarme en ser humildes, pues subís á tener por modo admirable en vuestras personas la de mi Padre y la mia, resplandeciendo ya en vosotros; mientras mas humildes por vuestra eleccion mayor divinidad.»

Dicho esto se turbó y conmovió asimismo Jesús y protestó segunda vez á sus discípulos que uno de ellos le había de entregar. Habia poco antes tocado en la traicion que fabricaba Judas contra él para que cobrase horror de tan enorme maldad; vió que no se alteraba ni concebía vergüenza ó sentimiento y despertó en sí aquella turbacion, por ver si mirándole tan conmovido el apóstata temblaba. Callaron los demás discípulos, porque los enmudecia la atrocidad del sacrilegio, solo Judas acusado de su conciencia para disimular su ponzona, preguntó á Jesús: «Por ventura, Maestro, ¿soy yo ese que te ha de entregar?» Respondióle con mansedumbre Jesús: «Tú has dicho ya que lo eres; esa cuidadosa pregunta cuando callan los demás, es confesion de la infame alevosia que tienes concertada contra mí. Esta espresion la dijo al alma Jesús, callándola por entonces al Colegio que solo oyó: «Tú lo dijiste;» retirando todavía la ignominia del discípulo, porque hallase puerta por donde pudiese entrar su correccion.

CAPÍTULO VI

INSTITUYE JESUS EL SACRAMENTO DE SU CUERPO Y SANGRE EN LA EUCARISTIA

SOSEGÓ su espíritu Jesús, y habiendo ya instruido á sus Apóstoles en el conocimiento de su bajeza y adornado sus almas con la virtud de la humildad, que es la mas oportuna disposicion para la gracia, trató de instituir el Sacramento que es manantial y fuente de ella. La Divina Eucaristía, atesorando en sus senos los caudales todos del Divino Espíritu, poniendo debajo de las especies de pan y vino su real y verdadero cuerpo y sangre, instrumentos admirables de la Divinidad de su persona. Siendo pues, tan elevados los misterios en cuya celebracion ponía ya la mano, le pareció dar mas celestiales vivos á las almas de sus Apóstoles y así les dijo:

«Ya se me han cumplido los deseos con que entré en el mundo de celebrar con vosotros, discípulos míos, esta Pascua antes que me parta de vuestros ojos á morir. Es e es el milagroso momento porque desde el principio del mundo han suspirado todas las edades, pues en él ha de trazar mi amor como me quede Yo hasta el fin del tiempo con los hombres en persona, sin que esta mia que estais viendo se ausente de mi Iglesia, hasta que los siglos pasen á ser eternidad. Union tan de veras como la que he celebrado con el mundo en desporios estables con mi Iglesia, no pudiera rendirse á los fueros del morir; fuera eso ponerse mi amor para con los hombres en el andar de los demás amores que se acaban con la muerte; si quien me obliga á espirar es el amor que les tengo, ¿cómo será posible que él muera cuando por su mano espiró? Entonces vivirá mejor, porque él mostrará mas valentía en su vivir, cuando á sus filos quedare muerto en la Cruz.

»Mas como quien dispone este prodigio es el amor que os tengo, con vosotros permaneceré para vuestra utilidad. Me quedare con los hombres hecho inmortal holocausto con que puedan aplacar á mi Padre en la sucesion de los tiempos, pues el Sacramento que instituyo, en la sustancia y valor será el mismo sacrificio que mañana ofreceré por ellos en la Cruz, que amor tan empeñado como el mio no pudo contentarse con dar por una tarde sola remedio á hombres que tantas veces han de recaer. Me vestí de esta carne por la conmiseracion que tuve de su ruina, y he conocido por la experiencia (aunque no de culpas propias) cuanta es su fragilidad y cuan á la mano es necesario tengan mi persona, convertida en hostia y victima, para satisfacer las deudas que por instantes contrajeren, y en alimento de vida

sobrenatural con que medren en virtudes seminarios de la Gloria.

»Elevad pues, vuestros corazones, divinized los pensamientos, y encendiendo mas vigorosas las luces de la fé, en estas criaturas que teneis á los ojos y perciben los sentidos, penetrad misterios celestiales. Miradme omnipotente Señor del sér de toda criatura, y no dudareis que puedo hacer las maravillas que gustare. Consideradme luego enamorado hasta las rayas últimas del hombre y tendreis por cierto que las hice; pues quien ama y puede no consiente ocio en el obrar. Antes que me vistiese vuestra naturaleza, produjo de los senos de la nada, los Cielos y este mundo, porque quise bien al hombre; mas le quieró ahora, pues mañana daré por él mi vida. ¿Qué milagro pues, será que esta noche le dé para siempre mi persona?

»Ya en habiendo comido con vosotros de este pan y bebido de este vino que os daré, como nueva Pascua y tránsito á la Gloria, no comeré ni beberé en compañía vuestra hasta que en mejor forma y traje coma y beba con vosotros en el Reino de mi Padre, que para mí y vosotros amanecerá en mi Resurreccion. Estas son las despedidas del comer y beber en una mesa con vosotros en esta carne mortal, pero miradlas como vísperas de la Gloria que en mi resurreccion ha de vestir este mi cuerpo. Ahora os lo daré por mi mano misma á comer. En él tendreis prendas de mi muerte, pues ya voy á morir; tambien de mi resurreccion, pues dentro de breve tiempo en él resucitarei y vosotros incorporados en mí, como yo muriere mañana morireis, y como resucitare resucitareis, siendo vuestra muerte para gloria de Dios como la mia, y vuestra resurreccion para tomar entre júbilos estable posesion de vuestra eterna felicidad, como entonces comenzará la de mi cuerpo.

Dichas estas palabras y elevados á luces divinas los Apóstoles, cogió Jesús uno de los panes ácidos que estaban en la mesa; y teniéndole en las manos levantó los ojos al cielo como acostumbraba en ocasiones semejantes, y dió gracias á su Padre por aquel inestimable favor con que ennoblecia á los hombres, haciéndoles una carne y sangre y una persona misma con él, mediante el sacramento que institua. Bendijo luego el pan y le dividió en porciones, y las consagró diciendo: «Este es mi cuerpo.» Y por virtud de estas palabras convirtió la sustancia del pan que habia consagrado en la de su cuerpo, siendo aquellas voces obradoras de lo que justificaban, como pronunciadas por la encarnada omnipotencia.

Quedóse Jesús con una de las divisiones del pan consagrado, la cual comió, comulgándose á sí mismo para gozar de la inefable y nueva cultura y suavidad que le causó la union sacramental de su carne consigo mismo en el pan; luego destinó á Pedro para que llevase una de las porciones consagradas á su madre y la comulgase con ella, y habiendo el Apóstol satisfecho á esta accion, volvió á la mesa y Jesús dió á los doce Apóstoles las porciones de pan consagrado en sus manos; y todos comulgaron á un tiempo, quedando trasformados en Jesús; pues como

él había dicho cuando trató de la institucion de este Divino Sacramento: «Quien come la carne y bebe la sangre de Jesús queda convertido en Jesús; y Jesús vive y mora en él á la manera que Jesús en el Padre, y el Padre en Jesús.»

De esta felicidad no gozó Judas con la plenitud que su Maestro deseaba, porque si bien recibió como los demás el pan sacramentado, la indisposicion sacrilega con que le comió le fué estorbo para que la divina carne de Jesús no le trasformase en él; antes le fué ponzoña que atosigó el alma con mas implacables llamas, que desde aquel momento encendió en ella Lucifer, quedando el infeliz discípulo por ejemplar infausto de los que indignamente comulgan, en cuyos pechos se halla sacrilegamente burlado Jesús; pues habiéndose quedado en las especies de pan con intento de penetrarles al alma á comunicarles su divinidad, halládoles ocupados de otro dueño incompatible con él, mientras no se consumen las especies está allí puesto á la vergüenza sin poder entrar como esposo en aquella alma impedida del adúltero que á sus ojos la posee.

A las palabras con que Jesús consagró el pan, añadió otras: «Este es, dijo, mi cuerpo, que dentro de breves horas será entregado por vosotros á la muerte, haced esto que estoy haciendo yo, para que siempre tengais en la memoria mi pasion.» Vicarios suyos los instituyó.

Mostró Jesús en esto los fines principales que le movieron á quedarse en este Soberano Sacramento con los hombres, que fué dejarles la memoria de su muerte, y en ella la medicina de sus llagas y el rescate de sus deudas á la Divina Justicia por sus culpas. Mas como el efecto de esta felicidad de los hombres no pendia solo de que Jesús les hubiese prevenido tan saludables reparos de su fragilidad, sino tambien de que ellos se aprovecharan de su virtud, consagró en este Sacramento el memorial de su muerte, fineza última y estanco admirable de su amor, para que pasando este á sus corazones con el pan, les destruyesen las artes de amarle de veras en dulce adoracion.

De la misma suerte que el pan, cogió Jesús un cáliz de vino puro, y levantando los ojos al cielo, dió gracias á su padre, le bendijo y consagró diciendo: «Esta es mi sangre con que celebro el Nuevo Testamento; la cual por vosotros y por muchos se derramará para que les sean perdonados sus delitos. Bebed, pues, de ella todos y haced esto mismo en memoria mia.» Bebió luego Jesús su misma sangre, en que con la omnipotencia de sus palabras, habia transformado el vino y repartió de ella á sus Apóstoles, haciendo que todos bebiesen de aquel cáliz, para que sus discípulos y en ellos sus fieles, tuviesen en las venas de su espíritu una misma sangre con él. Y esta es la Cena Eucarística propia del Nuevo Testamento y ley de gracia: donde los cristianos comemos la carne virgen de un Dios sacramentado en accidentes de pan, y bebemos su sangre disfrazada en especies de vino; y con esta divina carne y sangre á todo Dios Trino y Uno.

CAPÍTULO VII

ACOMPAÑA MARÍA A JESÚS EN LA CELEBRACION DE LA EUCARISTÍA Y PARTICIPA DE ELLA



UEGO que Jesús se despidió de su Madre en Betania para venir á Jerusalem á dar principio á su Pasion, María recogióse en sí misma, y elevándose sobre todo lo criado se halló en sus afectos superior, aun á su mismo hijo en cuanto hombre, por la pátria potestad que tenia sobre él; y así pudo tratarle como propia víctima y ofrecerle al Padre Eterno en sacrificio, formado de sus entrañas y de su corazon, por el remedio del linaje humano; y cuando Jesús iba á sacrificar su cuerpo en el Calvario, ella erigió en su pecho otra Ara Sacrosanta, y encendiendo en ella la llama del Divino Amor hasta los Cielos; abrasó primero su espíritu y deseos sacrificáncolos á Dios; pues no le consentia morir en el Monte á vista y al lado de su hijo; y acordándose luego del natural dominio que por madre suya tenia sobre aquel Dios Hombre, como verdadera hija de Abraham, heredándole aunque con ventajas la sagrada valentía, puso á Jesús Isaac más preeminente sobre el incendio de su amor en holocausto; y con magnánimo espíritu, hecha Sacerdotisa de Jesús, le consagró sin que le temblase la mano á la Gloria de su Padre, y al rescate de los hombres.

Dispúsose luego para seguirle los pasos, y asistida de la Magdalena y otras piadosas mujeres, llegó á Jerusalem y entró en la casa de Juan, cuyo apellido era Marcos; y su Madre, nombrada tambien María, con religiosa urbanidad la recibió en un cenáculo diferente del que habia poco antes dado á Jesús y á sus discípulos; pero contiguo á él para que como persona que tocaba á la familia de Cristo, celebrase con él la Pascua del Cordero. Era María madre de Juan Marcos señora poderosa, y tenia en Jerusalem casas de grande ostentacion, y en ellas conforme estilaban los Judíos, en las viviendas altas, varias y hermosas piezas y salones para recibimientos y celebracion de sus convites; y así pudo servir con dos cuadras de estas que llamaban cenáculos á Jesús y á María; quedándose con otra para cumplir con la sagrada ceremonia de aquel dia.

Desde allí asistió María á Jesús su Hijo, como porcion principal de su familia, en la celebracion del Cordero. Pero cuando llegó el Verbo Encarnado (sabido ya el consentimiento de su Padre á quien debia sujecion de Hijo natural y verdadero) á la consagracion de su cuerpo, debajo de los accidentes de pan y de su sangre, debajo de los de vino, espresó que desde entonces entregaba su cuerpo y sangre á los hombres para remedio suyo,

porque ya tenia permiso de su Eterno Padre y derecho para celebrar solamente aquella donacion.

Consagrado el pan, habiéndose comulgado á sí mismo Jesús, al punto destinó al príncipe de sus Apóstoles para que fuese al cenáculo donde estaba su Madre y la comulgase, dándole á comer del pan sacramentado. Porque si bien la donacion de aquella carne se habia otorgado á favor de pecadores en satisfaccion de sus culpas, y María no habia contraido ninguna actual ni original; sin embargo, á aquella carne divina debia la preservacion de todas, linaje nobilísimo de redencion, y así era justo la adorase con culto de latria afectuoso y la engastase en lo más delicado de su corazon como tesoro de sus felicidades.

Y habiendo Jesús instituido este soberano Sacramento como vínculo eterno de su amor, deseando entranarse cuanto le fuese posible con los hombres, pedia el orden que comenzase por su Madre la distribucion de tesoro tan divino, porque solo María pesaba en el contraste de su afecto más que el resto de su Iglesia por quien emprendia hazañas tan relevantes, fundándose la estima de su Madre, no en el amor humano de Hijo, sino en el conocimiento de su aventajada santidad, en que precedia á todos los Angeles y hombres; porque como Jesús era por esencia la razon habiendo publicado en sus sermones que los aventajados lugares de su Iglesia no los habia de repartir conforme el arancel de carne y sangre, sino el de los merecimientos, no consintió que su Madre por este derecho á solas prefiriese á los demás, sino por los incomparables escesos de virtud y santidad.

Acrecentábase á esta otra inspeccion, que debiendo Jesús á María todo el ser de hombre que tenia y estimaba tanto, no descubrió medio más ajustado de pagarle enteramente que convertir la carne que de ella recibió en manjar que pudiese tornar á sus entrañas, de donde se habia cogido cuando en ellas se obró su Encarnacion; si bien el retorno fué con mejoras escesivas; pues habiéndola recibido entonces carne pura, ahora se la daba unida á la divinidad; fuente de las suavidades y las glorias, pero así estila Dios reo compensar á quien debe.

Habiendo comulgado Jesús y su Madre, participaron de la Divina Eucaristía los Apóstoles y luego las devotas mujeres que habian venido acompañando á María, remunerándoles con este convite el hospedaje que de ellas habia recibido tantas veces en Betania. Satisfecha esta obligacion y habiendo asistido María desde su cenáculo á la amorosa plática que hizo Jesús á sus discípulos y recreándose su espíritu con razones tan dignas de un Dios amante; cuando Jesús quiso salir de aquella casa para Getsemaní, se despidió tiernamente de su Madre, comunicándose en breve tiempo aquellos corazones, motivos soberanos para entrar valerosamente en su Pasion, donde ambos en unas mismas aras habian de sacrificar á Dios sus vidas.

CAPITULO VIII

INSTITUYE JESÚS EL SACRAMENTO DEL ORDEN



El Mesias prometido á los Patriarcas y pronunciado por los Profetas entre los favores que habia de hacer al mundo, uno era introducir en él nueva ley, distinta de la que Moisés en el monte Sinaí habia intimado á los Hebreos; si bien mirado este punto á mejor luz, la ley que el Mesias habia de promulgar era la misma de Moisés reducida á perfeccion y estado de adulta y voronil; abrogadas las ceremonias y ritos que entonces parecieron convenientes, mientras los Hebreos eran niños en las aprensiones y costumbres inclinadas á lo terreno y material y mostrando el camino de la interior y verdadera santidad, con los instrumentos y arcauces de la gracia y virtudes para conseguirla.

Siendo pues, Jesús el verdadero Mesias, desde que se bautizó en el Jordan comenzó á intimar públicamente su nueva Ley á los Judíos y en ellos á todas las naciones y siglos venideros; declarando las sendas de la perfeccion y descubriendo las permisiones que atento á su fragilidad humana y perversa inclinacion de los Hebreos les consintió Moisés; y finalmente condenando los errores que los Fariseos, los Saduceos y otros herejes habian sembrado como doctrinas sanas y legítimas tradiciones en el pueblo.

Mas siendo la Ley por su naturaleza enderezada á contentar á Dios como á principal autor de la bondad cuyo rayo es ella, necesariamente ha de traer consigo sacrificios propios y venir acompañada de holocáustos; porque el linaje humano desde la culpa de Adan quedó delincuente y reo; y de aquel delito que se trasfunde con la naturaleza en sus hijos, brotó en ellos la pertinaz inclinacion á delinquir, agraviando á Dios como Adan; y por esta causa no puede pasar sin sacrificios con que desenojar á Dios y reconocer su Eterna Majestad. Por este fundamento las naciones todas; como tuvieron diferentes leyes, introdujeron tambien diversidad de sacrificios; y en la de Moisés, junto con los preceptos, dictó el legislador que era el Verbo, las hostias, víctimas y holocáustos con qué gustaba le aplacasen los Hebreos.

Habiendo pues Jesús, en los tres años de su predicacion intimado su Ley Evangélica, estando ya vecino á su muerte, determinó instituir en su Iglesia un admirable sacrificio de dignidad tan preeminente y soberana, que aun cuando más irritado de las iniquidades de los hombres, no le pudiese menospreciar su Padre Eterno, y ellos se le ofreciesen con seguridad de conseguir clemencia y remision; porque la santidad de este holocáusto no habia de estribar en la de los hombres, que como Sacerdotes lo

ofreciesen, sino en la del Unigenito de Dios, que siendo Santo por naturaleza no podía dejar de ser bien recibido del Padre, á quien solo contenía la virtud y santidad.

Poniendo pues, Jesús límite y raya á los sacrificios de la antigua Ley, en lugar de los toros, palomas y corderos que en ella se habian ofrecido al Criador, hizo sacrificio y holocausto de su cuerpo, sacramentándole en la especie de pan, dividiéndole de su sangre que sacramentó en el vino, obrando por la virtud de sus palabras muerte simbólica y sacramental en su persona, cuando naturalmente estaba vivo. Porque si bien en la realidad el cuerpo de Jesús, cubierto con los accidentes del pan, tenia en sus venas su sangre, porque estaba vivo, y tal se habia puesto debajo de ellos como se veía sentado á la mesa; y lo mismo acontecia en la sangre, que estando viva de necesidad habia de estar repartida en las venas de su cuerpo; mas en la accion sacramental cuerpo y sangre estaban divididos y por consiguiente difuntos; porque por la eficacia y virtud de las palabras de Jesús en la consagracion del pan solo se puso debajo de sus especies su cuerpo, y así mismo por las de la consagracion del vino solo se puso allí la sangre; y por esta razon se pudo hacer de ellos un admirable y perfecto sacrificio, y siendo este holocausto de la persona del Verbo, Hijo natural de Dios, unido al cuerpo y sangre y sacramentalmente muerto en ellos, no podía el Padre Eterno dejarle de aceptar y admitir la satisfaccion que en él le daban los hombres; pues por la persona que en él se contenia como víctima, era tan bueno y santo como él.

Restaba que proviese Jesús á su Iglesia de Ministro para la celebracion de sacrificio tan sublime; ¿mas quién pudiera ser el principal Pontífice de tan alta hostia sino él mismo? Porque el Sacerdote tiene superioridad sobre lo que sacrifica y ofrece á Dios, pues como cosa suya, sujeta á su dominio, la dona y consagra á su majestad; y siendo la víctima del sacrificio la persona del Verbo sacramentalmente sacrificada en el Altar, ¿quién sino Jesús pudiera ser Sacerdote de él mismo hecho cordero y ofrecerle á su Padre en holocausto por las culpas de los hombres?

Mas como el principal motivo que tuvo Jesús para sacramentarse fué permanecer y quedarse corporalmente (aunque en cortina de accidentes de pan y vino) hasta el fin del mundo con los hombres y dejarles despues de su partida á los Cielos, visible sacrificio, como alma de su visible Monarquía; acordó instituir un nuevo Sacramento de Orden en que se consagrasen y en cierta manera se convirtiesen en dioses encarnados los Sacerdotes y Ministros que habian de servir conforme sus grados al altar; los Sacerdotes ofreciendo á Dios la soberana víctima como instrumentos Sacramentales, Vicarios y Lugartenientes de Jesús, á quienes en la Cena él mismo dió tan escelsa potestad cuando ordenó en Sacerdotes á sus Apóstoles, diciéndoles: «Haced esto en mi memoria.» Porque en sus discípulos consagró Jesús con la eficacia de su intencion los Sacerdotes que habia de tener su Iglesia en todas las edades; siendo por este derecho el Sacerdote un Cristo Jesús visible; y así en la accion del sacrificio sacrosan-

to no habla en nombre suyo el presbítero, sino en persona de Jesús, diciendo las palabras que dijo en la Sagrada Cena: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre.» Los otros Ministros, Diáconos, Subdiáconos, Acólitos, Exorcistas, Lectores y Ostiarios ó Porteros, se consagran y ordenan para servir en el altar al Sacerdote como á un Cristo visible, en obra tan propia de Jesús.

Con el sagrado orden instituyó el clero en su Iglesia Jesús, porque este gremio venerable se ocupa en ministerios del Divino Culto y ejercicio de los demás Divinos Sacramentos; entre los cuales, el primero en dignidad es la sagrada Eucaristía, porque los otros son instrumentos y arcauces de la gracia; pero la Eucaristía contiene al altar de ella en su propia y Real persona, como está en los Cielos.

Por donde el Sacro Clero ó congregacion de los fieles consagrados con el carácter de este Sacramento al Divino Culto (en la cual se comprenden los religiosos del Orden Sacro, que mirados á esta luz son clérigos), es la porcion más noble de la Iglesia; porque se emplea en el servicio del Verbo Encarnado, sustituyendo y representando su persona y ocupaciones acerca de la instruccion y logro de las almas; cuando los legos se distraen en negocios temporales que aunque sean gobiernos de Monarquías y de Imperios, se quedan en menor esfera siempre, y los Sacerdotes en la de Angeles y Cristos en el mundo.

CAPÍTULO IX

INSTITUYE JESÚS EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACION



CELEBRANDO Jesús las últimas despedidas de su Iglesia, no le consintió el amor que la tenia dejarla sola; por esta causa instituyó el Sacramento de su cuerpo y sangre en la Eucaristía, donde se quedó en persona con los hombres, aunque en cortina de accidentes. Y si bien por la inseparable union que tiene Jesús en cuanto Dios con el Espíritu Divino, permaneciendo en el Sacramento Jesús quedaba el Espíritu Santo en él; no se satisfizo el Verbo de que el Espíritu Divino quedase en la Iglesia sólo por hacer compañía á su persona; porque esto convenia tambien al Padre Eterno, que nunca bajó en persona visible á la tierra á remediar los hombres, antes determinó instituir un nuevo Sacramento, en que principalmente resplandeciese la majestad y omnipotencia de su espíritu en la conversion del mundo, que él habia de redimir el dia siguiente con su sangre; partiendo entre los dos la grande obra de la salud eterna de los hombres; pues si Jesús ofrecia al Padre por ellos los caudales de su Pasion y Muerte, el Espíritu Divino se encargaba de que gozase las naciones tan soberana felicidad.

Fué este Sacramento el de la Confirmacion, cuya naturaleza, materia y forma enseñó Jesús á sus Apóstoles luego que celebró la Cena Sacramental de la Eucaristía, y en ella instituyó el Sacramento del Orden, si bien entónces no creó los ministros del Sacramento de la Confirmacion, reservando acto tan solemne para despues de su muerte y resurreccion, como su estrena para el dia de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo bajase personalmente en visible forma de fuego labrado en lenguas, llenando de sí mismo á los Apóstoles é infundiéndoles alientos celestiales para que no temiesen entrar en batalla con los Demonios y Judíos, seguros de la victoria y el trofeo.

Era la doctrina que habian de predicar opuesta al culto de los demonios, cuyo imperio ocupaba todo el Orbe, era tambien contraria á los Judíos, cuyos Pontífices y Magistrados acababan de poner en una Cruz, suplicio el más infame, al que los Apóstoles predicaban Dios y su Mesías; era manifiesto militar contra los vicios que tan arraigados estaban en los hijos de Adán, y era inexcusable que los Demonios, los Judíos, Gentiles y generalmente los hombres, en quienes dominaba la antigua corrupcion de las costumbres, se conjurasen contra los pregoneros de doctrina semejante, y haciendo un cuerpo en todas las regiones de la tierra, les presentasen la batalla á fuego y á sangre como á enemigos del linaje humano.

Convenia pues, que en la Iglesia quedase un capitan general de los ejércitos de Jesús que armase sus soldados de la invencible constancia que se aprende en la militar disciplina de los Cielos, para que hiciesen frente á la conjuracion, y con los arneses de la paciencia y sufrimiento valeroso, despojasen á los Demonios de su idolatría y holocáustos, á los Judíos de su errante y ya difunta Sinagoga y á los vicios del arraigado señorío de los hombres, convirtiendo el mundo en Cielo, y obrando que en los climas todos desde el Oriente hasta el Ocaso, los Demonios y las gentes confesasen la Divinidad eterna de Jesús.

Este fué el Espíritu Santo que como persona amor tiene por timbre la valentía, que no sabe hacer caudal de los peligros atento á no aumentarlos con temerlos, y bajando sobre el Colegio de los Apóstoles transformado en elocuente lláma, dedicó en ellos el Sacramento de la Confirmacion, fortaleciendo sus corazones con tan magnánimos alientos, que los que esta sagrada noche, habiendo recibido en sus entrañas el cuerpo y sangre de Jesús, no tuvieron valor para asistirle aun cuando tenian cierto el no morir por habérselo asegurado el Señor; saliendo entonces del cenáculo como leones animados de fuego se entraron por las calles y plazas de Jerusalem, predicando la Divinidad y Gloria de Jesús, huyendo entonces de sus semblantes los escuadrones de peligros.

La materia pues, de este Sacramento que es sagrada mistura de óleo y balsamo (que por otro nombre los rituales llaman crisma), enseñó Jesús á sus Apóstoles esta sagrada noche de la Cena, instituido ya el Sacramento de la divina Eucaristía y del Orden. Y de este principio manó el Estatuto, que en auténticos

cánones intimaron los Pontífices de que cada año, el Jueves Santo, cuando se celebra la memoria de la institucion de la Eucaristía se consagre por los Obispos, nuevo crisma, y se consuma decentemente el antiguo,

CAPITULO X

DESCUBRE JESÚS Á PEDRO QUE JUDAS LE HA DE ENTREGAR

INSTITUIDO este Sacramento de su cuerpo y sangre, y juntamente el del Sagrado Orden y Espiritual Confirmacion, viendo Jesús que habiéndolos recibido Judas no mejoraba de intencion, picóle vivamente el alma el despeño del discípulo, y ya que por los halagos y arte de tan poderoso amor no le habia podido reducir, intentó avergonzarle poniéndole tercera vez á los ojos la traicion que maquinaba contra él, y así dijo á sus Apóstoles: «No puedo disimular el sentimiento que me causa ver que quien trata de entregarme á los Judíos esté comiendo á mi mesa. Yo me voy acercando por momentos á la muerte, mas ¡ay de aquel infeliz que me entregare á los Judíos!»

Viéndose nuevamente argüidos de crimen tan feo los Apóstoles, comenzaron con mayor estudio á inquirir entre si mismos quién podia ser el agresor. Mas no era posible descubrirle, porque Judas se disimulaba con tales industrias y disfraces de sí, que antes pudiera encontrar la sospecha con el más leal y fino que con él; porque las demostraciones que con Jesús hacía de fidelidad y amor eran aventajadas á las de sus condiscípulos, fiándose escesivamente de la paciencia y mansedumbre del Señor y teniendo por cierto no le descubriría su delito.

Estaba recostado á la mesa cerca de Jesús su discípulo querido Juan, y con el privilegio de favorecido se le habia reclinado sobre el pecho. Estaba Pedro algo más distante de Jesús y por ventura al otro lado, y como mas fervoroso y ardiente en causas que tocaban al Maestro, deseando saber con certidumbre quién era el alevoso á quien apuntaban las quejas del Señor, pidió por señas á Juan le preguntase cual de ellos le habia de entregar. Ejecutólo Juan y fué la respuesta de Jesús: «A quien yo diere ahora una sopa de mi plato ese es el traidor.» Y cojiendo un pedazo de pan del que todavia estaba en la mesa; mojóndole en la salsa de la Cena comun que habia quedado en su plato se le dió á Judas; y como la demostracion fué tan singular entendieron luego los dos Apóstoles que el Iscariote habia de entregar á sus enemigos á Jesús, y el pérfido discípulo que estaba con la acusacion de su conciencia, sobresaltado en lo interior, no pudo dejar de conocer la seña que tan á deshora habia hecho Jesús, especialmente cuando Juan y Pedro con la

novedad de la noticia no pudieron ocultar el sentimiento que concibieron contra él, mirándole con semblantes alterados y cuanto era de su parte justicieros

Comió Judas el pan que le dió Jesús desvelando así la sospecha que se podía tener de su persona, y en aquel momento entró Satanás en él con tan imperioso dominio, que pareció no haber estado antes en su pecho, y así desde entonces dispuso de él como de esclavo vil sin contradicción. Porque con los volcanes de odio que nuevamente encendió en sus entrañas Lucifer, concibió que darle Jesús aquella sopa, cuando ya nadie trataba de cenar, había sido desprecio y vilipendio con que había tratado su persona, originado de enemistad que le tenía, revelando con esta acción su maldad, cosa que nunca imaginó, y le pareció que ya Jesús se había cansado de sufrirlo.

Y ocupado de imaginaciones tan sangrientas, se resolvió á renunciar el Apostolado y escuela de Jesús apostatando del Sagrado Colegio, y se pasó de corazón á la familia y servicio de Satanás y sus oficiales los Judíos; desesperando desde entonces de salvarse, porque no le cerró tan de todo punto los ojos el Demonio, que por entre las celosías de su pasión, no conociese que apartándose de Jesús se despedía de la Eterna felicidad, y después de haber persuadido al miserable este error (pues le quedaba libertad para convertirse) le aseguró cuanto pudo en la desesperación de su salvación, para que sin estorbo alguno ni reparo, obrase la entrega de su Maestro.

Viendo estaba el Señor la borrasca que contra sí hervía rencores en aquel turbulento corazón y con el rabioso frenesí no pudiendo tolerar su vista, deseaba salirse del Cenáculo y visitar á los Pontífices, para pedirles Ministros que le prendiesen: y en consonancia de sus propositos le dijo Jesús: «Judas, concluye con brevedad lo que estas haciendo.» Y le añadió en la habla interior al corazón: «Tan poco temo la traición que estas forjando contra mí, que antes deseo que por tu diligencia se me acelere el morir; y así por lo que á mí me toca, te permito que sin dilación ejecutes lo que contra mí dispones. Pero tu mira bien lo que emprendes; y antes de entrar en ello considera como has de salir de eso que intentas.» Los discípulos que solamente oyeron á Jesús decir á Judas: «Haz con mas prisa lo que obras.» no penetraron el alma que aquellas palabras contenían, antes concibieron que le daba orden de que previniese algo para el siguiente día que lo era de gesta ó que repartiese alguna limosna á pobres.

Despedido Judas por Jesús de su Colegio, salió de el apresurado y furioso aunque era entrada ya la noche, á dar aviso á los Pontífices de la oportunidad que había para prenderle. Pero el Señor, habiendo ya salido de su compañía el Apóstata Discípulo, dijo: «Ahora puedo pensar que comienza mi exaltación. Ya me considero vestido de Gloria y á Dios ensalzado en mí, porque Judas salió ya á entregarme á los Judíos y á prevenirme la Cruz en que tengo de lograr mi mayor honra; pues por la escala de esta ignominia subiré á ser conocido Hijo de Dios y adorado

como tal de los hombres y elementos; y la Divinidad que en mí ahora se dará también á conocer; pues obra de tan alta sabiduría, bondad y potencia como rescatar al linaje humano de la tiranía del Demonio, sólo pudiera hacerla un Hombre Dios. Y así la Gloria que en la Cruz y con mayor claridad en mi resurrección me dará mi Padre, redundara en él; pues mostrará á pregones de portentos que yo soy Hijo suyo; y que por serlo me deben adorar como á Dios los Cielos, la tierra y los abismos.

CAPITULO XI

SOSIEGA JESÚS LA CONTIENDA DE SUS APÓSTOLES ACERCA DE LA PRIMERA SILLA

DOR las señas del que le había de entregar, que dió Jesús á Juan y Juan á Pedro, supieron ambos que Judas era el traidor; y no pudiendo contener de todo punto en el pecho noticia tan funesta la dieron á entender con algunos ademanes enojados, y viéndole salir furioso del Colegio y que Jesús insinuaba en las razones que les dijo que iba á disponer su muerte, se persuadieron de todo punto los Apóstoles que su Maestro había de morir aquella noche, y olvidados del tierno y religioso sentimiento que debían hacer en ocasión tan dolorosa, se levantaron de la mesa y repartidos por el compás del Cenáculo, comenzaron á contender entre sí mismos cuál de ellos tenía más acción y derecho á la primera silla, que ya daba por vacante su ambición. Rarísimo suceso. Monstruosa ingratitud y de que siempre harán espanto las admiraciones.

Los llamó blandamente Jesús, y dijoles: «Entendido he lo que conferis, y por ahora no os hago cargo del desamor que en esa competencia me mostrais; pues cuando os persuadís está cerca mi muerte, no haceis sentimiento de ella, ni me lamentan difunto vuestras lágrimas. No es correspondencia noble mirar con ojos tan enjutos á quien va á morir por vuestro amor; cuya valentía me ha obligado á daros esta noche mi cuerpo y sangre en manjar, para incorporaros en mí y haceros una persona misma conmigo. Poco se me lucen mis finezas; pues os esperimento tan apartados de mí, que cuando me considerais ya muerto os veis con tanta vida, que solicitais el trono primero de este mundo para gozarle edades dilatadas.

«A la región y fueros del tiempo y mundo ós habeis pasado, cuando os juzgaba vecinos de la eternidad y cortesanos de los Cielos; y esto es lo que me duele más. Sagrada es esta silla, la dignidad primera de mi Iglesia, que ausente yo de la tierra será mi vicaria general, divina es y sacrosanta; porque emana de

Dios y tiene por fin de su gobierno la felicidad eterna de los hombres, adonde los encamina por dogmas y leyes sobrenaturales; y por derecho tan alto este trono es preeminente á las majestades de la tierra. Vosotros deslumbrados con sus temporales resplandores, apeteceis en este trono la soberana grandeza que los Príncipes de la gentilidad (á cuyos ojos no amaneció la verdadera luz) desean conseguir, unos afectando la imperiosa severidad en el dominio, otros conquistando con generosa liberalidad los corazones de sus súbditos; parando uno y otro movimiento en la ostentacion de Majestad y pompa vana de este mundo.

«Vosotros pues, si dignamente os pretendéis lograr esta dignidad, considerad á mejor luz el espíritu que le preside, y le sentireis de humildad hácia la tierra; de soberanía hácia los Cielos. De la autoridad que estima el mundo, no hace caso; porque la mira de tierra, con sujecion á desvanecerse, por lo menos al morir. La majestad pretendid, que lo es en la córte del único Monarca Dios; y esta no se consigue sino por las virtudes que son las sangres reales y noblezas de aquella Monarquía entre las cuales tiene el primer asiento la humildad y menosprecio de las vanidades de este mundo; pues á quien en estas arraiga el corazón, no puede quedarle aliento para solicitar las dignidades verdaderas con que son grandes Príncipes y Reyes los que suben á los cielos.

»Conforme esta política, el que entre vosotros aspirare á ser el mayor, si lo ha de ser, no segun los fueros de la gentilidad, sino de la espiritual córte que fundo, en que reverberan las verdades de la Gloria, en ella ha de pretender la preeminencia, y poseido de tan sagrada ambicion se enojará con las ceremonias de este mundo; porque indignamente se usurpan el nombre de Grandeza y Majestad que solo vive en el Cielo; y con tan justo enfado las apartará de sí, eligiendo todo lo contrario á ellas, dorque no se piense que admite aun por equivocacion sus semejanzas. Ejemplo teneis de mí de esta instruccion, pues debiéndome en esta mesa el primer lugar, escogí la ocupacion de los sirvientes y aun esclavos, lavándoos los piés por mi persona.

»Y siendo vosotros los que habeis permanecido á mi lado en las tribulaciones y conflictos en que me han puesto los Judíos, ya cuando en Nazaret quisieron precipitarme del Monte, ya cuando me fué preciso ceder á la furia de Herodes que se atrevió á degollar mi precursor, ya cuando en ocasiones varias me han intentado apedrear, no es razon que ahora viéndome en este aprieto degeneréis de la fidelidad y amor que me debeis y habeis tenido hasta aquí, especialmente por una vana sombra de dignidad, que recibida á los estilos del mundo, y como en él la tratan, por sí no tiene resplandor sino persecuciones y desprecios, como lo experimentais en mi persona cuya silla apeteceis.

»Mas si tan vivo os pica el deseo de imperar, no por eso os apartéis de mí, ni sigais las huellas de Judas, vuestro malogra-

do condiscípulo; porque el ir yo á padecer muerte de Cruz, es vuestra conveniencia mayor; pues voy á disponeros por medio de mi Pasion un Rey no sin fin incomparablemente aventajado á las Majestades de la tierra, adonde por una gloriosa Eternidad gozareis regalos y suavidades superiores á la imaginacion en mi mesa y os sentéis en Tronos resplandecientes á mi lado, juzgando como asesores míos las Doce Tribus de Israel y con ellas á todas las Naciones en el Teatro de los hombres y los Angeles, cumbre á que no llegaron jamás los mayores Monarcas de la tierra, cuando más afectaron subir.»

CAPÍTULO XII

DESPÍDESE JESÚS DE SUS APÓSTOLES



PLACADO ya el espíritu de los Apóstoles, se vistió de nuevo Jesús del suavísimo amor que les tenia, y considerando que ya no le faltaban muchas horas en que conversarlos, se convirtió en Madre suya regalada y con ternura dulce les habló: «Hijuelos míos, á quienes pudiera llamar mis Benjamines, porque os engendró y parió mi amor entre dolores de muerte, ya es tiempo de despedirme de vosotros; pocas horas me quedan en que poderos asistir en esta presencia corporal, porque me llama ya la obligacion en que por vuestro bien me puse de morir; que sola vuestra utilidad pudiera dividirme de vosotros y así el dejaros es argumento de quereros.

»En algun sermón me oisteis decir á los Judíos, que me buscarian sin provecho, porque no podian ir adonde voy; esto tambien os digo aunque no con el mismo fundamento. Ahora voy á morir, despues resucitaré, y lleno de gloria subiré á los Cielos, pasos que no podeis seguir ahora; en mi ausencia os acometerán tribulaciones y como estais hechos al abrigo de mi sombra, me buscareis para consolaros con ella, pero no me hallareis en esta forma visible; si bien podreis hallarme en el Sacramento de mi cuerpo y sangre que con esta atencion instituí y donde me quedaré con vosotros en persona para siempre; penetrad con vigoroso espíritu los accidentes y velos que allí me cubren y me experimentaréis tan vivo y pronto á socoreros como ahora; ¿qué importa que me esconda á vuestros ojos, si no me oculto á vuestra necesidad? Concebid que no se muda mi amor por dejarme á mí mismo en cortina atento siempre á vuestro bien. Y por la fé me encontrareis no solo en el Sacramento, sino donde quiera, pues su actividad me hara presente á vuestros ojos espirituales, ya en los concursos de las ciudades, ya en los vermos.

»Un mandamiento nuevo os quiero intimar por despedida: